

Chadi y Laia

En el pueblo de Ventall, donde las calles olían a pan fresco y los niños gritaban hasta que el sol se cansaba, vivía Chadi. Con siete años y una energía que parecía inagotable, era conocido por todos como el «Rey de las Gamberradas». Le encantaba esconder los zapatos del panadero, gritar más fuerte que los grillos por la noche y correr por los campos dejando un rastro de risas y pisadas desordenadas.

Un día, mientras perseguía una pelota que se le había escapado, chocó sin querer contra una niña que iba vestida de celeste, con una corona tan fina que parecía hecha de luz. Era la Princesa Laia, que había venido de visita al pueblo junto a sus padres. Chadi, con la rodilla llena de tierra, la miró con los ojos muy abiertos. Nunca había visto a una niña tan limpia y ordenada, y menos una que llevara una corona de verdad.

—¿Pero qué haces, travieso? —dijo ella, pero en vez de enfadarse, sonrió con complicidad.

Así empezó una amistad que nadie hubiera esperado. Laia le enseñaba juegos tranquilos, como adivinar formas en las nubes o leer cuentos bajo un árbol. Chadi, por su parte, le mostraba cómo saltar charcos sin miedo a mancharse o cómo hacer reír a la gente con

caras divertidas. Pero no todo era fácil. Laia se enfadaba cuando él dejaba los juguetes por el suelo, y a él le costaba entender por qué ella debía lavarse las manos antes de comer un simple caramelo.

Una noche, después de una discusión porque Chadi había lanzado una piña a su libro preferido, Laia se volvió y le dijo:

— ¡No puedo ser amiga tuya si no respetas mis cosas!

Chadi se quedó quieto, con el corazón haciendo flip-flop. No quería perder a su amiga, la primera persona que le miraba no como un travieso, sino como alguien especial. Así que, ese mismo día, hizo algo que nadie esperaba: recogió todos los juguetes del suelo y puso un ramo de margaritas (un poco aplastadas) en el libro de Laia.

—Lo siento —dijo, con una voz más suave de lo normal—. Puedo mejorar.

Laia le miró y, sin decir nada, le tendió la mano. A partir de ese día, aprendieron a equilibrarse: a veces jugaban a ser piratas y gritaban por las calles, y otras se quedaban sentados a leer en silencio. Chadi descubrió que le gustaba escuchar las historias que ella inventaba, y Laia aprendió que un poco de desorden no era el final del mundo.

Y así, con risas y algún beso de disculpa cuando las cosas no salían bien, crecieron juntos. Porque la amistad —y el amor— no es hacerlo todo perfecto, sino encontrar la manera de que ambos encajen, como dos piezas de rompecabezas que, al principio, no parecían hechas la una para la otra.